

los pskoffitas para que se aproximaran cuanto pudieran á la ciudad con las máquinas de sitio. Entonces los emisarios aumentaron sus ofrecimientos, cuya aceptación hubiera significado para Nowgorod un inmenso perjuicio pecuniario y una disminución de las libertades municipales, pero que, por lo demás, en nada afectaba á su existencia. Entonces dió Ivan órden á sus vaivodas de que durante la noche atravesaran el lago Ilmen, que estaba helado, y tomaran los puntos que inmediatamente dominaban á Nowgorod. A la mañana siguiente llamó á los emisarios y no personalmente, sino por boca de sus boyardos, de los cuales el príncipe Ivan Yuryewitz Patrikeyeff fué el que llevó la palabra, les hizo saber su ambigua opinión. Los boyardos expusieron las causas de la guerra; manifestaron que el gran duque se había mostrado clemente y que Nowgorod, sin embargo, había despreciado su clemencia y se había enemistado con él: añadieron que esta conducta había indignado al príncipe, y que por tanto Nowgorod debía doblar la cerviz y sus representantes deberían saber la manera de hacerlo.

Ellos, sin embargo, lo ignoraban y regresaron á la ciudad para recabar mas amplios poderes. Cuando, en 4 de diciembre, se presentaron de nuevo en el campamento, el gran duque había cercado ya la ciudad y establecido su cuartel general en el convento de San Jorge: veíase tan seguro que había licenciado la mitad de su ejército para forrajear, dándole, sin embargo, la órden de que el día 6 se encontrara nuevamente ante los muros de la ciudad. A los embajadores que demandaban gracia se les dió la misma contestación de antes. Por fin el gran duque expresó claramente sus deseos á una nueva embajada, manifestando que quería, así lo dijeron sus boyardos, gobernar en Nowgorod de la misma manera que gobernaba en Moscou. El arzobispo, aterrizado, suplicó que no le enviaran á Nowgorod con tal mensaje y que le facilitaran una entrevista con el gran duque, pero Ivan prefirió tratar por mediación de los boyardos, y entonces hubo un verdadero regateo: los nowgorodes fueron sacrificando, una tras otra, todas sus libertades, pero Ivan era insaciable y formuló en definitiva sus pretensiones en la siguiente forma: «La campana que convoca al pueblo á la wetscha desaparecerá; no tendréis possadnik alguno y á vuestros territorios y aldeas se les tratará como al resto de Rusia.» A cambio de esto prometía el gran duque que no sacaría á los nowgorodes de su país, que no entraría en los territorios de los boyardos y que respetaría, en cuanto á la administración de justicia, el antiguo estado de cosas. Además hizo la promesa de que, fuera de su territorio, no utilizaría á los nowgorodes en punto á servicios militares.

Tales fueron sus mayores concesiones.

Desgraciadamente no sabemos con certeza lo que acontecía entretanto en la ciudad, pues las fuentes á que hemos acudido solo parten del punto de vista moscovita. Únicamente se sabe que Nowgorod, bajo la presión de la peste, de las continuas discordias de los partidos y del hambre, aceptó las condiciones que le impuso el gran duque, por mas que éstas significaran la ruina de las libertades municipales, pidiendo tan solo «que Ivan, siguiendo la antigua costumbre, confirmara por medio de juramento solemne, besando la cruz, el pequeño resto de autonomía que dejaba á la ciudad.»

Pero tampoco estaba dispuesto á ello el gran duque, pues nunca consintió en que sus boyardos contrajeran en su nombre tal compromiso. Nada debía traer á la memoria que Nowgorod había estado antiguamente al nivel del gran duque como igual suyo. Únicamente consintió, despues de haberse hecho de rogar mucho, en repetir verbalmente en presencia de los nowgorodes la promesa que en nombre suyo les había hecho transmitir.

Pasemos por alto las persecuciones que siguieron, las negociaciones que se entablaron para la cesión del territorio nowgorode, para la percepción de impuestos, para la entrega del archivo del Estado, etc. Aquellos días funestos pasaron, por fin, y en 18 de enero de 1478 levantóse el cerco de Nowgorod y en 17 de febrero el gran duque dejó su campamento para regresar á Moscou sin dignarse siquiera visitar la ciudad, que era ya completamente suya, pues temía á la peste, que todavía hacía en ella sus estragos. Pocos prisioneros llevó consigo, pero entre ellos figuraban el mas anciano de los comerciantes, cinco boyardos y Marfa Borezki con su nieto (1). La campana que durante tantos siglos había congregado á los ciudadanos en asamblea popular, fué llevada en triunfo á Moscou, donde su sonido se confundió con el de las otras campanas de la capital del gran ducado.

Así pereció la libertad de Nowgorod, pues lo que Ivan había dejado no era la Nowgorod antigua. Únicamente había conservado la sombra de su antiguo esplendor. Un gobernador del gran duque habitaba el palacio de Yaroslao: el antiguo consejo había dejado de existir, y el símbolo de la libertad popular, la campana, había desaparecido. Solo la peste seguía haciendo sus estragos como en los días de libertad y de independencia, pero también la peste se cansó y todo quedó en silencio: todo, menos la desconfianza del gran duque, para quien era todavía demasiado lo que había dejado con vida. Seguía con suspicacia el curso de los sucesos de Nowgorod y parecía como si temiera que el rey Casimiro quisiera de nuevo arrebatarle su botín. Realmente le dijeron que entre Nowgorod y Lituania se habían reanudado secretamente las negociaciones. Una crónica rusa, una sola, pretende que Casimiro había prometido su apoyo á la ciudad, que había entrado en negociaciones con el khan Ahmat y que el papa Sixto VI le había consentido que impusiera una contribución á los templos polacos y lituanos para luchar contra Moscou. No puede comprobarse lo que haya en esto de verdad, pero lo cierto es que todo ello sirvió al gran duque de pretexto para dar á la ciudad el golpe de gracia.

Para ello procedió con su acostumbrada perfidia. Hizo propalar el rumor de que quería ir contra Livonia y acompañado de mil hombres se dirigió, en 26 de octubre de 1479, hácia Nowgorod con intenciones al parecer amistosas; pero en seguida interceptó todos los caminos que de la ciudad conducían al resto del reino é hizo que acudieran á ella tropas de todas partes. Los de Nowgorod entraron en sospechas, y poseídos de la desesperación cerraron las puertas de la ciudad y pareció revivir en ellos la antigua constitución. Pero la perplejidad se apoderó de sus ánimos. Al ver el gran duque que no podía sorprenderlos, esperó la llegada de sus tropas, comenzando despues á lanzar sus proyectiles contra la ciudad: entonces ésta abrió sus puertas y todo el clero se presentó con gran pompa y con cruces en las manos ante el gran duque, el cual le recibió benévolamente y le manifestó que los inocentes nada tenían que temer. Ivan penetró luego en la ciudad, sentó en ella sus reales y mandó prender y dar tormento á cincuenta personas tenidas por sospechosas: durante mucho tiempo éstas no hicieron revelación alguna de importancia, pero al fin confesaron todo lo que de ellos quería oírse, declarándose culpables juntamente con el arzobispo. Este fué inmediatamente preso, y sin que ningun proce-

(1) Generalmente en las narraciones de la ruina de Nowgorod se presenta á Marfa Borezki como una princesa heroica y patriótica, pero en las fuentes históricas solo se dice que ella y sus hijos pertenecían al partido contrario á Moscou. Marfa no ofrece en aquellos días de ruina nada que la haga sobresalir sobre los demás; y aun cuando hubiera poseído, cosa que ignoramos, la perspicacia política necesaria, faltábale fuerza y energía para realizar sus planes.

dimiento judicial hubiese demostrado su delito fué conducido á Moscou, donde acabó sus días, á los seis años, en el convento de Tschedo, pasando á poder del gran duque sus tesoros, ricos en oro, plata, piedras preciosas y perlas. Despues fueron ejecutadas cien personas, cuyos bienes se confiscaron, y cien familias de las mas ilustres fueron desterradas al interior del reino: por último, y pasado largo tiempo, 7,000 familias fueron en parte diseminadas por el país, en parte encarceladas, mientras otras eran ahorcadas ó ahogadas. Estos últimos sucesos (1488) acabaron verdaderamente con la gran Nowgorod, pues nada quedó que pudiera recordar la antigua importancia de la ciudad y las libertades de que en otro tiempo había gozado. Los elementos que Ivan envió á la ciudad á fin de que ésta no quedara despoblada eran, según expresión de un cronista livonio, «pueblos indignos,» mezcla de hijos de boyardos, comerciantes y siervos que se apoderaron de los territorios vacantes; gente toda ella del interior del país, en la cual vivía aun la tradición de la servil obediencia. Cierto que entonces tomaron el nombre de nowgorodes, pero con el nombre no habían heredado la aptitud para llenar la misión que les había confiado aquella república adiestrada en una práctica de muchos siglos. Nowgorod fué una ciudad sin color y sin carácter como las del interior del reino, é Ivan III, para que los nuevos habitantes no pudieran nunca constituir un peligro, ya por su trato con el extranjero, ya por un excesivo bienestar, arrebató á la ciudad su porvenir, despues de haberle arrebatado su pasado y su presente, mandando en 1494, cuando nadie lo esperaba, cerrar la factoría de los comerciantes alemanes de Nowgorod, prender á los comerciantes anseáticos y confiscar sus bienes. No hizo esto movido por una impresión del momento, sino que fué consecuencia de un plan durante mucho tiempo concebido, y realizado con aquella mala fe en que tanto sobresalía el gran duque y que caracterizó siempre su política. Poco antes había prorogado por muchos años los derechos de la factoría (1). Luego firmó un tratado con el rey Juan de Dinamarca, en el cual prometía á éste la destrucción del establecimiento alemán, llevándose á cabo este hecho de perfidia en 5 de noviembre de 1494, mientras una embajada anseática trataba en Moscou con el gran duque (2). Los comerciantes alemanes, enteramente desprevenidos, fueron atacados y encarcelados, siendo confiscados todos sus bienes, y á pesar de la promesa del maestre livonio y de muchas embajadas que no sin exponerse á grandes peligros llegaron á la corte del gran duque, no se consiguió hasta el año 1497 que los presos fueran puestos en libertad. Ivan, sin embargo, retuvo en su poder á cuatro comerciantes y todos los bienes para tener un elemento de posteriores arreglos. La importancia de Nowgorod como mediadora entre Rusia y el Occidente había desaparecido: la ciudad decayó cada vez mas y en los siglos siguientes no fué mas que la puerta de ataque por donde las tropas de Rusia penetraron en Livonia, cuya conquista fué desde entonces la meta principal de la política rusa.

CAPITULO XXXI

FIN DEL YUGO TÁRTARO

También en las relaciones que existían entre Rusia y los habitantes de las estepas ocurrió, durante el reinado de Ivan,

(1) Véase el excelente trabajo de Hildebrando: *La embajada anseática-livonia que en 1494 fué enviada á Moscou y el cierre del mercado alemán de Nowgorod*. Revista mensual báltica, 1871.

(2) Respecto de los detalles, véase Riesenkaampff: *El mercado alemán de Nowgorod*, Bereshkoff, obra citada, é Hildebrando, obra citada. Esto corresponde mas á la historia anseática y livonia que á la rusa y sobre ello volveremos á hablar en otro lugar.

una variación tan importante que nos obliga á estudiarla detalladamente. La supremacía de los tártaros, que, aun cuando destruida por la práctica, había sido constantemente reconocida en principio por el gran duque de Moscou, desapareció por completo, no á consecuencia de un levantamiento heroico ni de un gran hecho libertador sino despues de una semi-derrota, sin efusión de sangre por una ni otra parte; no como resultado de la fuerza de Moscou, sino por haber perdido aquellos Estados bandoleros de las estepas la cohesión, única cosa que los hacía temibles.

Ya durante el reinado de Wassili el Ciego examinamos los síntomas de la ruina que se acercaba. Cierto que la Horda de Oro subsistía, pero de ella se habían separado porciones importantes, constituyendo un peligro allí donde, como en Crimea y Kasan, habían conservado fuertes lazos de unión. También en estos puntos comenzaron los tártaros á degenerar. Junto á estas tres grandes hordas aparecen otras hordas pequeñas que, en definitiva, no tenían mas carácter que el de cuadrillas de salteadores y que se combatían constantemente unas á otras. El territorio de los hombres de las estepas también había disminuido bajo el punto de vista geográfico. Formaban sus fronteras el Dniester, el bajo Dnieper, el Volga—desde Nishni—y la corriente del Oka; y por este territorio avanzaron los pueblos sedentarios á costa de los habitantes de las estepas. A lo largo de las fronteras moscovitas estaban establecidos aquellos príncipes servidores siempre dispuestos á montar á caballo y á contestar con sangrientas expediciones á las correrías de rapiña de los tártaros. El centro de gravedad de esta línea fortificada estaba en el Oka, desde donde se hacía una guerra pequeña pero continúa. Moscou en este punto procedió con su acostumbrado método: sus esfuerzos tendían á vencer á las estepas por las estepas mismas, es decir, á debilitar las grandes hordas fomentando las luchas intestinas y apoyando á los rebeldes y á los pretendientes. Los príncipes tártaros fugitivos eran establecidos en las ciudades fronterizas, en Kasimoff, Serpujoff y Kaschira, donde estaban sujetos á la soberanía moscovita, y encontraban ocasiones y apoyo para atacar á sus enemigos de la misma raza. La decadencia y la ruina de aquellas hordas se hubiera, pues, consumado rápidamente si su existencia, á pesar de los perjuicios que producía, no hubiese sido conveniente para los Estados cristianos vecinos, especialmente para Moscou y Lituania. La soberanía de la Horda principal sobre Rusia subsistía y los grandes duques de Moscou se mantenían en paz con ella, pero procuraban debilitar el conjunto del poderío de los tártaros atacando á los pequeños Estados tártaros que se habían separado de la Horda de Oro. Podemos también ahora añadir que en aquel tiempo comenzó á tomar parte en la lucha la hermandad especial de los cosacos zaporogos. Cuando Halicz cayó en poder de Polonia (1340) verificóse, como hemos visto, la primera emigración de los elementos rusos á las islas del Dnieper, situadas junto á las cascadas del río. Eran estos probablemente fugitivos que querían librarse de la dominación extranjera; pero no es posible saber cuál fué su suerte, pues faltan los datos de las crónicas y solo se sabe que 75 años despues, cuando Jedigei ó Edegu devastó á Kieff y sus alrededores, el pueblo bajo buscó de nuevo su salvación y su seguridad en las islas del Dnieper, mientras las familias ricas y distinguidas se refugiaron en Lituania. Asimismo la unión de Polonia y Lituania y la sujeción directa de algunas partes de la actual Pequeña Rusia á Polonia contribuyeron á aumentar el número de aquellos colonos que sin mujeres ni hijos se encontraban allí independientes de la soberanía extranjera y atendían á su sustento por medio de la caza, de la pesca y de las expediciones contra los pueblos de las estepas que por su vecindad vagaban. La unión

de Wolhynia primero y de Podolia despues á Polonia dió por resultado una nueva emigracion; y como allí donde se nos presentan distintamente los cosacos, los vemos con un carácter griego y ortodoxo, de aquí que pueda con razon creerse que la union religiosa fué uno de los hechos que mas contribuyeron á su aumento y robustecimiento. La necesidad de defender su independencia de los ataques de los tártaros obligóles ya á luchar constantemente con ellos y movió á aquel puñado de hombres animosos á darse una organizacion militar. Por esto les encontramos constantemente dispuestos á unirse á los ejércitos que atacaban á los tártaros. Por lo demás, la historia antigua de los cosacos está envuelta en tinieblas: parece que se presentaron por vez primera formando grandes masas en 1471, cuando Casimiro de Polonia con virtió en vaivodía el principado de Kieff. Los cosacos se dirigieron especialmente contra los tártaros, llegando de esta suerte á ser un factor importante en el posterior desarrollo de la Rusia meridional, con el cual tenian que contar la Crimea, la gran Horda, Lituania y Moscou (1).

Ivan III, durante los primeros años de su gobierno, conservó la paz con la Horda de Oro: en cambio, en una campaña de tres años y por la habilidad con que supo aprovecharse de las luchas intestinas de Kasan, consiguió obligar al czar Ibrahim á que firmara una paz muy ventajosa para Moscou que aseguraba á este gran ducado la devolucion de todos los prisioneros que Ibrahim le habia hecho durante cuatro años, y que obligaba á Ibrahim «á vivir segun la voluntad del gran duque y de sus vaivodas» (setiembre de 1469).

Los detalles de esta victoria conseguida no sin sangrientas luchas nos presentan al gran duque tal como siempre le hemos visto, prudente hasta la timidez: si dió aquel golpe fué contra su voluntad, pues cuando quiso hacer retirar al ejército para entablar negociaciones las tropas se negaron á obedecerle. Entonces consiguió una semi-victoria, y solo en vista de ésta se dirigió en persona contra Kasan y cortando las aguas que surtian la ciudad la obligó á rendirse.

Poco despues tuvo su primer encuentro con la gran Horda. Casimiro de Polonia, á fin de paralizar la campaña del gran duque contra Nowgorod, intentó inducir á Kutschuk-Mohammed á que invadiera el territorio moscovita; pero no pudo ver realizados sus deseos, antes por el contrario un pariente del khan entró al servicio del gran duque. Cuando despues Ivan favoreció públicamente una expedicion de rapiña que los wjatkasches habian organizado contra Sarai, Mohammed comenzó la guerra de acuerdo con la Lituania y durante el verano de 1472 invadió la frontera moscovita al frente de un gran ejército; pero no pasó de Aleksin, ciudad que tomó é incendió, emprendiendo luego una lenta retirada que se convirtió en precipitada huida cuando se presentó un ejército ruso en el Oka y cuando llegó á él la noticia de que á éste seguian otras tropas. El gran duque era, sin embargo, demasiado prudente y tenia demasiado talento para perseguir á los tártaros; en vez de esto, licenció á su ejército y no quiso romper las relaciones semi amistosas que con el khan le unian. Esto no obstante, buscó para lo porvenir un aliado y

(1) Aquí no hacemos mas que apuntar los hechos, pues la historia de los cosacos corresponde á la historia de Polonia. Los trabajos principales sobre este punto son: Soloweyff: *Los cosacos de la Pequeña Rusia hasta Chmelnizki*; Markewitz: *Historia de la Pequeña Rusia*; Skalkowski: *Historia de la nueva Selscha (grupo de cosacos)*. Esta última no ha llegado desgraciadamente á nuestras manos. Un trabajo popular es la obra de Markowin: *Bosquejo de la historia de los cosacos zaporagos*, San Petersburgo, 1878. El nombre de cosaco se deriva del de un pueblo cherkés, los kasogos, y tuvo despues una significacion apelativa, á saber, la de un hombre ó de una residencia fortificada. Eran la continuacion de aquellas hordas libres que vemos en el siglo XII con el nombre de brodnikes. Véase Kunik, en la *Caspia*, de Dorn, pág. 241.

lo encontró en Mengli-Girei, khan de Crimea, mortal enemigo de la Horda de Oro. La situacion en que se colocó la horda de Crimea tenia un carácter especial y no fué debido á la casualidad que conservara largo tiempo su independencia. La península de Crimea ofrecia á estos tártaros todas las ventajas de una posicion insular, y aun era mas difícil una persecucion en sus estepas que la conquista por mar de una apartada isla. La situacion de Crimea traía tambien consigo que toda guerra interior y toda derrota en el exterior de cualquiera de las otras hordas podia reportarle ventajas: únicamente en ella podian encontrar seguro asilo los restos de las tropas dispersadas y privadas de sus jefes. La alianza y amistad del khan, debidas á la habilidad empleada por Ivan para conseguir las, eran tanto mas importantes cuanto que Mengli-Girei estaba en buenas relaciones con Lituania. A principios del año 1474, presentóse en Moscou Asi Baba, embajador de Mengli, con la deseada embajada de que el czar habia concedido su gracia al gran duque y queria tener á éste y al rey de Polonia por hermanos, permitiendo además que, en lo sucesivo, pudieran presentarse directamente á su presencia los embajadores de Ivan. En seguida se propuso un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que el gran duque aceptó con gozo. Acompañado de Asi-Baba se presentó el emisario ruso, Beklemisheff, para extender por escrito el tratado. Sus términos no han llegado hasta nosotros, pero tenemos la instruccion dada por el gran duque, en la cual se prueba expresamente que Mengli-Girei se obligaba á coadyuvar á cualquier ataque eventual que se dirigiera contra Lituania ó contra la Horda de Oro. Cuando Beklemisheff regresó (en el mes de noviembre) llevó la noticia de haberse firmado la alianza. En aquella ocasion cruzáronse varias embajadas, pero aconteció un suceso que echó por tierra los cálculos de Ivan. En 1475 los turcos conquistaron la Crimea; Mengli-Girei fué hecho prisionero, pero los turcos le repusieron en el trono, del cual fué nuevamente arrojado al año siguiente por el khan de la Horda de Oro. Este triunfo aumentó de tal manera la confianza de Mohammed que envió un mensajero al gran duque intimándole que se presentara en la Horda, como si hubieran vuelto los tiempos del khan Batu. Ivan prendió al mensajero y no se presentó, pero entabló negociaciones que se prolongaron y cuyo resultado fué que por lo menos quedara toda agresion en suspenso. Este plazo fué el que aprovechó Ivan para sojuzgar por completo á Nowgorod (1478).

Un falso rumor de que habia sufrido una derrota delante de Nowgorod infundió al czar de Kasan ánimo para penetrar en Wjatka, pero Ivan regresó y el czar tuvo que impetrar humildemente la paz. Ivan habia enviado emisarios á Crimea para inducir al khan Seni-Beg, instituido por Mohammed, á que se levantara en armas, plan que no pudo llevarse á cabo por haberse apoderado, entretanto, nuevamente de Crimea Mengli-Girei. Este entabló en seguida negociaciones con Ivan, y se han conservado las instrucciones que el gran duque dió á los embajadores enviados á Mengli, las cuales demuestran cuánta importancia daba á esta alianza. Mengli pedia apoyo para la lucha con la Horda de Oro é Ivan lo pedia para la lucha contra la Lituania. La solucion de este importantísimo asunto fué confiada al príncipe Swenez. En este estado se encontraban las cosas en 1480. Todavía no se habia firmado formalmente el tratado cuando recibió el gran duque la noticia de que toda la Horda de Oro se aprestaba á atacarle. El khan se habia vanagloriado de que acabaria con el cristianismo y de que haria prisionero al gran duque como en otro tiempo habia hecho Batu.

El curso de los sucesos que posteriormente acaecieron no es conocido con toda seguridad, pero puede decirse que no

fué el que nos refieren las narraciones hasta el presente hechas. Dos grupos de noticias sacadas de las crónicas se encuentran uno en frente de otro: de ellos el uno tiene un carácter oficial y el otro es abiertamente hostil al gran duque, á quien niega no solo el valor sino tambien el talento político. Esta crónica explica el triunfo definitivo de Ivan como una casualidad incomprensible y dice que el ejército tártaro y el ruso, despues de haber permanecido por espacio de un mes uno frente á otro, se sintieron repentinamente poseidos de un terror que les hizo emprender la fuga. En realidad, los hechos pasaron del modo siguiente:

El khan de la Horda de Oro habia escogido hábilmente el momento oportuno de atacar á Moscou. Ivan se encontraba en lucha con sus hermanos y Lituania habia enviado á la Horda una embajada excitando á la guerra y prometiendo su auxilio. La negativa de Ivan de pagar el tributo vencido y de presentarse en la Horda dió el deseado pretexto. En su consecuencia, Mohammed se puso en movimiento durante la primavera de 1480 al frente de todo su ejército, avanzando muy lentamente, siempre en la espera de recibir los auxilios de Lituania. Ivan habia hecho ocupar las fronteras y cuando tuvo noticia de que los tártaros se aproximaban al Don tomó él en persona posiciones en Kolomna.

Mengli-Girei, entretanto, debia invadir la Lituania á fin de mantener á Casimiro alejado de los territorios moscovitas. Otro príncipe de Crimea, Nurdewlet, descendió por la corriente del Volga é invadió á Sarai. En este estado se encontraban las cosas á fines de julio. Ivan mantuvo á su ejército á la defensiva en la línea del Oka, cortando por este lado el camino á los tártaros: éstos no querian atacar, y así estuvieron ambas partes beligerantes sin hacer nada hasta fines de setiembre. Mohammed decidió entonces envolver las posiciones de los rusos, pero hasta en esto se habia anticipado Ivan enviando á Kaluga á sus hijos Ivan Ivanowitz y Andrés el menor, de suerte que cuando llegaron allí los tártaros en el mes de octubre se encontraron todos los pasos ocupados. En Moscou reinaba el descontento por aquella aparente inactividad del gran duque: su dilacion y sus maniobras no eran comprendidas, y aun en el seno mismo del ejército existia un partido que queria la lucha á toda costa. El descontento llegó á su colmo cuando el gran duque entró en negociaciones de paz con el enemigo. Ivan, á fuerza de concesiones, habia movido á sus rebeldes hermanos á unirse con él y habia recibido finalmente una carta del metropolitano en que le excitaba á atacar al enemigo. Cuando á pesar de esto se vió que no hacia en el Ugra preparativo alguno de ataque, el clero ruso le envió una notable intimacion. Bajo la presidencia del metropolitano Geroncio y del arzobispo Wassian de Rostoff celebróse en Moscou una asamblea de sacerdotes que envió al gran duque una carta animosa excitándole á que luchara sin miramiento alguno. Cuando llegó esta misiva (1) la lucha se habia decidido en pro de Ivan, el cual no tenia delante de sí enemigo alguno. En efecto, habia llegado el invierno y el extraordinario frio obligó al khan á abandonar en 11 de noviembre de 1480 su campamento, pues no habiendo contado con una campaña tan larga, sus tropas no tenian ropas de abrigo y faltaban las provisiones para hombres y caballos. Los tártaros, al encontrarse enfrente de los rusos en las orillas del Ugra, amenazaron con que el invierno les abriria el paso de Rusia, pero llegado que hubo el momento no pudieron resistir los horrores de tan cruda estacion. Tambien es probable que otras dos circunstancias movieran al khan á emprender la retirada: la noticia de las devastaciones que durante su ausencia habia sufrido Sarai, por un lado, y por otro el

disgusto, que poco á poco se convirtió en indignacion, al ver que no acudian los socorros de Lituania. Por último, apenas es creible tampoco que no tuviera noticia de los peligrosos movimientos que se verificaban en la horda nogaica y schibansche y que únicamente contra él iban dirigidos.

Sea lo que fuere, al retirarse de las márgenes del Ugra dirigió sus ataques contra Lituania, perseguido todavia, aunque con pocas pérdidas, por los rusos. Doce ciudades lituanas fueron saqueadas por el khan, que regresó luego á las estepas con rico y abundante botin.

Pero en las estepas, le ocurrió la catástrofe que debia libertar á los rusos del yugo tártaro y acabar con la Horda de Oro.

Despues que Nurdewlet se hubo retirado de Sarai, Ivak, el khan de la horda schibansche, que llevaba una vida nómada en los alrededores de Tjumen, se unió con los nogaiicos para atacar la ciudad, de la cual lograron apoderarse, asesinando á las esposas de Mohammed y destruyendo la residencia del descendiente de Batu. Embriagados los vencedores con su victoria salieron en busca del gran khan, que regresaba de Lituania, para arrebatarle el botin que llevaba y encontrándole en la desembocadura del Don, en las cercanías de Azoff, consiguieron derrotarle por completo. La crónica de Arcángel refiere este suceso en los siguientes términos:

«El czar Ivak llegó allí con su ejército, en 6 de enero, sin ser visto... y el czar Achmat (así llamaban los rusos á Mohammed) todavia estaba durmiendo; pero el czar Ivak en persona penetró en la blanca tienda de Achmat y le golpeó con las manos. Las tropas no lucharon unas con otras, sino que los schibanes y nogaiicos comenzaron á robar á la horda de Achmat entre el Don y el Volga y en el pequeño Denez, junto á Azoff. Y el czar Ivak permaneció cinco dias en la horda de Achmat, al cabo de los cuales se retiró.»

La Horda de Oro quedó, pues, destruida sin haber recibido un golpe decisivo de los rusos, de tal manera que solo en sentido impropio podia hablarse de una liberacion.

El gran duque, con su hábil política, salvó á Rusia de la devastacion y del saqueo, pero no tomó parte alguna en la ruina de Mohammed. Y sin embargo recogió de ella todo el fruto, pues los restos del antiguo poderío de los tártaros que subsistian todavia estaban en buenas relaciones con él, como la Crimea y los schibanes, ó eran impotentes y no podian constituir mas que un peligro transitorio. Ningun khan de aquellas tribus formuló en lo sucesivo, como habian formulado últimamente los khanes de Sarai, pretension alguna á la soberanía de Moscou (2): el terrible yugo desapareció, no porque Moscou lo hubiese sacudido sino porque la Horda habia muerto.

Los contemporáneos del gran duque Ivan no le concedieron el mérito de este servicio, antes al contrario su conducta durante la crisis no le fué perdonada por los cronistas, que se hicieron eco de la opinion pública de aquel tiempo. El haber regresado á Moscou cuando se encontraba todavia en el Oka su enemigo; el haber dejado á su esposa huir hacia el Norte; el haber estado en negociaciones con Mohammed hasta el último momento, y el no haberse decidido, aun despues de la carta del clero, á atravesar el rio y á combatir á los tártaros, todo esto le fué imputado como otras tantas muestras de cobardía. Habíase presentado una ocasion de promover un levantamiento nacional y religioso como en los dias de Dmitri, el vencedor del Don; pero él la habia dejado pasar sin aprovecharla, y esto constituía un delito de que debia respon-

(1) Inserta en las *Actas históricas* (en ruso), núm. 90.
RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

(2) Prescindimos de la invasion de Mahmet-Girei, de la cual hablaremos mas adelante.

der ante Rusia. El hecho de sacudir el yugo extranjero ha formado siempre época en la historia de los pueblos: en cambio, en Moscou no existía diferencia alguna entre los años que precedieron al 6 de enero de 1481 y los que siguieron á esta fecha. El gran duque, como con razon se ha dicho, fué el heredero del khan: todo el provecho fué para él, no para la nacion.

Pero nada nos autoriza á creer que el gran duque habria podido resolver de otro modo la cuestion, pues la solucion que tuvo era la única que se avenia con los fines de su política egoista.

En pocas palabras podemos referir la suerte que posteriormente cupo á la Horda de Oro. Despues de la ruina de Mohammed y de la retirada de Ivak los restos de la Horda se reunieron bajo el mando de los hijos del primero, los cuales se esforzaron por recuperar la posicion perdida, pero sus esfuerzos se estrellaron ante la resistencia que les opuso Ivan por medio de su aliado Mengli-Girei (1). La política del gran duque tendia á arrojar á los tártaros de la Horda mas allá del Don, hasta el Cáucaso, y en 1492 este propósito se habia realizado. Entonces sucumbió para siempre el poder de la Horda de Oro. El hambre y las luchas intestinas la aniquilaron, desapareciendo por completo de la esfera de la política moscovita. El golpe de gracia se lo dió en 1502 Mengli-Girei. El último khan se llamó Schich-Achmat.

CAPÍTULO XXXII

LA FAMILIA DEL GRAN DUQUE. — GUERRA CON LITUANIA.
MUERTE DE IVAN

La política de Ivan III dependió siempre y en todas partes de sus relaciones con Lituania. La solucion, ó por mejor decir los comienzos de una solucion de la cuestion lituana eran el objeto principal á que se dirigian sus esfuerzos, y el conocimiento exacto de estos esfuerzos es necesario para entender la historia de Moscou durante los siglos xv y xvi.

El conflicto entre Lituania y Moscou fué promovido por un casamiento. Esto nos obliga, para orientarnos en el asunto, á dirigir una ojeada á la familia del gran duque (2).

Ivan se casó dos veces: su primera esposa, María de Twer, falleció poco despues de contraído el matrimonio, y durante mucho tiempo no se decidió el gran duque á contraer segundas nupcias. A los dos años de la muerte de María, Roma le ofreció una esposa, y despues de negociaciones que duraron muchos años, resolvió aceptarla. Era ésta la princesa Sofia, nieta del último Paleólogo que se habia sentado en el trono bizantino. A la caída de Constantinopla su padre se habia refugiado en Roma, y cuando poco despues falleció, los papas, primero Paulo II y luego Sixto IV, sirvieron de padres á sus hijos, no sin la esperanza de utilizarles en su día para la mayor prosperidad de la iglesia romana. El cardenal Bessarion, muy conocido por los esfuerzos que habia hecho en pro de la union de las dos iglesias, parece haber sido el primero que concibió el plan de atraer á esta union á Ivan por

(1) Las negociaciones interesantísimas que mediaron entre Ivan y Mengli-Girei en este asunto y en el de las relaciones mútuas lituano-tártaras, se encuentran en las relaciones é instrucciones de embajadas enviadas á Crimea. Por primera vez han sido utilizadas por G. Karpoff, obra citada, parte I, cap. III.

(2) Constantino Dragases falleció en 25 de mayo de 1453: su hermano es

Tomás Despotis de Morea, † 1465

Zoa ó Sofia, esposa de Ivan III

Elena, esposa de Alejandro de Lituania.

medio de su matrimonio con la joven princesa, pues Ivan con su triunfadora política se habia creado un nombre en Occidente. Cuando el gran duque recibió en 1469 esta proposicion mostróse muy satisfecho, pues estaba perfectamente convencido de la trascendencia política de aquella alianza matrimonial y se dispuso á sacar para sí todas las ventajas que de ella podian obtenerse y á frustrar en cambio las esperanzas que Roma hubiera podido fundar en ella. Despues de largas negociaciones (3) se firmaron á principios del año 1472 los pactos matrimoniales, y en 1.º de junio del propio año se verificó en la iglesia de San Pedro de Roma la solemne bendición, despues de la cual un legado pontificio acompañó á la princesa á Moscou. Pero pronto se vió que de aquel matrimonio no podia Roma esperar ventaja alguna. La misma Sofia á pesar de todo se mantuvo fiel á las creencias griegas, y así lo demostró al salir de Livonia y al llegar al territorio de Pskoff, es decir, en cuanto entró en territorio ruso. El legado Antonio hubo de convencerse en Moscou de que nada habia de conseguir para los fines que allí le habian llevado. Su entrada en la capital rusa ya fué una derrota, pues tuvo que quitarse la cruz de plata que llevaba conforme al rito católico, y además la discusion que sostuvo con un sabio monje ruso le proporcionó disgustos y ningun provecho. Cuando, al cabo de once semanas, se partió de Moscou, llevó consigo grandes presentes para Roma, pero tambien fué portador de la triste y desconsoladora noticia de que Rusia estaba tan poco dispuesta á aceptar las conclusiones del concilio florentino como en tiempo de Isidoro.

El gran duque adquirió con la princesa Sofia, no solo una mujer hermosa é inteligente, sino tambien la aureola de la alianza con una familia que, á juicio de los rusos, simbolizaba la idea del legitimismo imperial y el grado mas elevado de la perfeccion humana. Además se habia abierto de nuevo el camino directo del Occidente, comenzando desde entonces aquella emigracion de sabios y artistas de Occidente á Rusia que desde entonces hasta nuestros dias no se ha visto interrumpida. Adquisicion preciosa para Moscou fué la de Fiaventi Aristóteles, boloñés de nacimiento, que habia estado al servicio de Venecia y que, siendo sobresaliente en todas las ramas de la arquitectura é ilustre ingeniero, contribuyó poderosamente á que el gran duque, bajo el punto de vista militar, estuviera tan por encima de sus enemigos. Análoga utilidad prestaron los dos Fresini y otros. Mas importante todavia que todo esto fué el robustecimiento de la idea monárquica, ya tan desarrollada en el ánimo del gran duque, pareciendo como si hubiese subido un escalon mas que le elevara considerablemente sobre sus vasallos, boyardos y príncipes. Ivan fué el primero que llevó el sobrenombre de Terrible. En su tiempo el consejo de los boyardos tuvo aun menos participacion de la que hasta entonces habia tenido en el gobierno. Los contemporáneos creían ver la influencia de la esposa bizantina hasta en las cuestiones políticas y á ella se atribuyó el rompimiento definitivo con la Horda de Oro. La princesa Sofia no era amada y en los tiempos de Ivan IV, que habia tomado de su padre el nombre de terrible para no desprenderse mas de él, se imputó á ella el cambio que en el sentido del terror se operó en la familia real moscovita.

El rumor que atribuyó á Sofia la muerte de su hijastro Ivan Ivanowitz, heredero del trono, acaecida en 1490, demuestra de cuánto se la creía capaz; y aun cuando no tenemos motivo alguno para atribuirle este delito, el caso es que

(3) Pasamos por alto los detalles de las negociaciones, que nos desviarían demasiado de nuestro objeto, y respecto de los cuales encontramos materiales abundantes en las instrucciones y memorias de embajadas.

sus consecuencias aprovecharon á Sofia y á sus hijos, pues á pesar de que Ivan habia reconocido como sucesor futuro al hijo del difunto, su nieto Dmitri, Sofia supo arreglárselas de manera que, pasando por encima del derecho hereditario, el trono fuera para su hijo Wassili. Entonces estalló la lucha entre dos mujeres por el porvenir de sus hijos. Al llegar á este punto debemos anticipar el curso cronológico de los sucesos. Los príncipes y boyardos no adictos á la griega supieron convencer á Ivan de que la sucesion correspondia á Dmitri. No habia dado todavia Ivan el paso decisivo cuando supo que su hijo Wassili intentaba apoderarse del trono aun en vida de su padre. Wassili, apoyado por personas de segunda fila, concibió el plan de apoderarse de los tesoros de Wologda y Bjeloozero y de asesinar á Dmitri. El gran duque dejó entonces á un lado toda consideracion y mandó prender á Wassili y á sus partidarios, seis de los cuales fueron cruelmente ejecutados. Sofia sufrió indirectamente las consecuencias del fracaso de esta conjuracion: acusósele de consultar adivinas y de haber hecho arrojar al Moskowa, durante la noche, á las ancianas que la acompañaban. Dmitri fué, en 4 de febrero de 1498, coronado gran duque y sucesor del reino con todas las solemnidades religiosas (1). Pero esta soberanía apenas duró un año: ni la princesa Elena ni los Patrikeyeff y Rjapolowski que la apoyaban, ni finalmente el joven Dmitri supieron conservar el favor de Ivan: todos ellos cayeron en desgracia en 1499. Los Patrikeyeff y los Rjapolowski, acusados de traicion, fueron encerrados en un convento. Segun parece, incurrieron en la cólera del gran duque por haber observado una conducta altanera respecto del desposeido Wassili, y si no fueron castigados mas severamente hubieron de agradecerlo al parentesco que con la real casa les unia.

Este fué el preludio de la caída de Dmitri. Wassili, contra toda costumbre, fué nombrado gran duque de Nowgorod y de Pskoff y cuando los pskofitas, que no podian avenirse con este cambio repentino, hicieron presente por medio de una embajada que no podia separarse de su futuro soberano, el gran duque Dmitri, dos de los embajadores fueron encerrados en la cárcel y los demás llevaron á Pskoff la dura contestacion de que el gran duque podia disponer de su hijo y de su nieto y que la soberanía seria para aquel á quien él la concediera. A duras penas pudo apaciguarle una segunda embajada: desde entonces empeoraron cada vez mas las relaciones entre él y su nieto y su nuera. El día 11 de abril de 1502 se dió la solucion definitiva del asunto. El gran duque Dmitri y su madre Elena cayeron en desgracia: al primero se le despojó del título de gran duque y en el mismo día Wassili, que con su prudente sumision habia sabido reconquistarse el favor de su padre, fué nombrado gran duque de Wladimir, de Moscou y de toda la Rusia. Sofia volvió á ser respetada y á tener valimiento; pero pudo disfrutar muy poco tiempo de su recobrada influencia, pues falleció en 1503, bien que convencida de que quedaba plenamente asegurada la sucesion en favor de su hijo, en cuyo escudo habia puesto el águila bizantina.

Estas cuestiones de familia, en sus trágicos accidentes, no salieron de la esfera de las cuestiones rusas interiores; en cambio el matrimonio de Elena, hermana de Wassili, fué de gran trascendencia política.

El siglo xvi fué el siglo de la política de los matrimonios y no fueron los Habsburgos solos los que por una série feliz de alianzas matrimoniales lograron reunir en un solo imperio Estados entre los cuales no existía ningun lazo de union. La

(1) Véase Herberstein: *Rerum Moscovitarum commentarii*, página 19 de la edicion de Basilea, que es la que siempre citamos.

misma senda siguieron los príncipes lituanos desde los tiempos de aquel funesto enlace entre Eduvigis y Jagailo. En virtud de esta política matrimonial habian pasado ya á poder de los Jagellones Polonia, Lituania, Bohemia, Hungría y la Transilvania. El éxito parecia querer coronar todos sus esfuerzos. No es, pues, de extrañar que alentarán entonces la esperanza de terminar por medio de un matrimonio la antigua lucha que entre Rusia y Lituania existia. Ivan III tenia de Sofia una hija, llamada Elena, cuya belleza y atractivos ponderan en extremo sus contemporáneos.

Los Habsburgos habian sido los primeros pretendientes y Maximiliano I, que buscaba por todas partes una esposa con rico dote, pidió la mano de la princesa Elena. Las negociaciones comenzaron en 1488, habiéndose cruzado con este motivo muchas embajadas; y aun cuando fracasaron en definitiva, tuvieron para Moscou la ventaja de iniciar las relaciones políticas constantes con el imperio alemán (2). Otro pretendiente, desgraciado tambien, fué el duque Conrado de Masovia; solamente Alejandro de Lituania vió sus pretensiones coronadas por el éxito. Las primeras proposiciones tuvieron un carácter privado, procediéndose por una y otra parte con gran prudencia. Ambas sabian cuál habia de ser el resultado final y procuraban engañarse mutuamente por todos los medios. Como al propio tiempo se hacia una guerra fronteriza no interrumpida, aquellas primeras relaciones llevaron impreso un carácter casi hostil. Ivan dió á conocer desde luego claramente cuál era el objeto á que tendia. La primera embajada que á principios del año 1493 envió á Lituania llevaba instrucciones precisas de no dar á Alejandro mas título que el de gran duque de Lituania y de llamar, en cambio, constantemente á Ivan III *gossudar*, es decir, señor, por la gracia de Dios, de toda la Rusia y gran duque. Con esto se negaba en principio el derecho de Lituania á sus provincias rusas. Debe tambien tenerse en cuenta que entonces vivia en el ánimo de todos el recuerdo de las pretensiones que Ivan solia unir al título de *gossudar*. La contra-embajada lituana contestó saludando á Ivan simplemente como á gran duque y oponiéndose á sus pretensiones. Como esta contra-embajada habia sabido al propio tiempo que Moscou no veria con malos ojos una alianza matrimonial con Lituania (3), ésta envió otra gran embajada que llegó á Moscou en 17 de enero de 1494 y que llevaba la mision de concertar una paz definitiva y de formular oficialmente la demanda de Alejandro. El interés de Lituania estaba en que se comenzara por esto último, pero Ivan, en cambio, estaba convencido de que podria conseguir mas si se negociaba la paz ante la halagüeña perspectiva de un enlace matrimonial. Como era de esperar, prevaleció su voluntad, entablándose desde luego las primeras negociaciones de paz. Pero desde el primer momento surgió una dificultad de principios difícil de resolver, Lituania queria tratar sobre la base de la paz firmada con Wassili Wassilyewitz, mientras que Ivan tomaba como punto de partida la paz firmada entre Simeon Ivanowitz y Olgerdo. Los lituanos ofrecian como concesion definitiva renunciar á Nowgorod, Pskoff y Twer; Ivan, por su parte, renunciaba á Smolensko y á Brjansk, es decir, que ambas partes no ofrecian propiamente nada, pues una y otra cedian territorios que no eran de su pertenencia. El pedir Ivan que se partiera del *statu quo*, significaba para la Li-

(2) Las instrucciones de embajada y las relaciones, altamente interesantes, se encuentran en los *Monumentos de las relaciones diplomáticas de la Antigua Rusia con las potencias extranjeras* (en ruso), San Petersburgo, 1851. Esta obra es útil tambien para la historia alemana. Desgraciadamente debemos renunciar á examinarla detenidamente. Véase el apéndice.

(3) Véase Karpoff, obra citada, tomo II.